

LAS FOGATAS DE SAN JUAN, por Ana Amalia Clulow.—Talleres  
Tipográficos «La Paz». Montevideo

Antes que este libro, Ana Amalia Clulow ha publicado tres de poemas: *Anfora de bronce*, *Caracol marino* y *Cajita de cristal*, éste para niños. En *Las fogatas de San Juan*, Ana María Clulow continúa cultivando su inclinación de escribir para los niños, inclinación que acentúa su condición de maestra primaria.

Esta literatura infantil siempre ha sido considerada difícil. No es accesible a cualquiera la penetración en la psicología del niño, ni en el conocimiento de su pequeño mundo maravilloso. Indudablemente, nadie mejor dotado que el maestro para intentar, realizando, su comprensión: el maestro, cuando llega a esta profesión dirigido por una vocación seria y no sólo como un medio de vida o de trampolín para impulsarlo hacia otras profesiones más lucrativas, lo que no deja de ser frecuente, debido a la remuneración insuficiente que recibe el maestro en la mayoría de los países hispano parlantes.

Ana Amalia Clulow refleja a través de estos pequeños «relatos e historias» su cariño por el oficio que desempeña, el sentido de responsabilidad social que él entraña y la disposición volitiva de cumplirlo con fidelidad honorable dentro del aula y de la sociedad infantil de la escuela. Sus breves relatos e historias, que son como una especie de impresiones esquemáticas animadas por hechos minúsculos y por anécdotas cotidianas así lo acreditan, aunque no existe en ellos ninguna presencia directa que lo explique. Es, al contrario, la vocación decidida de maestra que aparece indirectamente fluyendo del espíritu mismo que anima estas páginas livianas y suaves, sin necesidad que su autora lo recalque o lo insinúe. En parte alguna de su libro, Ana María Clulow manifiesta que ama o comprende al niño. Este amor y esta comprensión emana de los relatos con tal

delicadeza que, palmariamente, el que lee lo percibe con facilidad.

*Las fogatas de San Juan*, que se titula *Historias de una colegiala* y que suponemos, como la segunda, compuesta en su mayoría por elementos autobiográficos, ha logrado Ana María Clulow identificarse tanto con el alma del niño, que sus historias dan la sensación de haber sido escritas, en verdad, por una colegiala. Una ingenuidad transparente las recorre y una frescura virginal las alimenta. Las corrientes preocupaciones de los niños, sus juegos en insistencia, los motivos esenciales que agitan sus mentalidades germinando, los hechos salientes que ocupan sus imaginaciones, como los cuentos, las obsesionantes historias de piratas, Popeye, Mickey, la fiesta del Pere Noel, etc., los vemos en esta obra con toda su simplicidad infantil. No se advierte, y éste es tal vez el mejor mérito que posee *Las fogatas de San Juan*, la mano adulta experta que los ha organizado.

En *Los relatos de una maestra*, parte final del volumen, Ana María Clulow mantiene sus mismas condiciones de mujer comprensiva. Existe, sí, mayor dimensión en la ternura y es la vida de costumbre de cualquiera escuela primaria sudamericana que se relata, sin continuidad, sin intención de disciplinar, un cuadro objetivo del estado interno o externo de un colegio, para extraer ésta o aquélla conclusión determinada de antemano. Es nada más que una niña más grande, una compañera más crecida, pero con cierta robusta experiencia, la que habla de los niños y en el lenguaje de los niños. Si Ana María Clulow ha pretendido darle alguna proficuidad pedagógica a su libro, lo ha conseguido tan limpiamente que ésta no se advierte, no se manifiesta más bien, con su pesadez... pedagógica. Esta gestiona internamente con tan diáfana seguridad, tan alejada de la evidente intención de enseñanza o del prurito moralizante, que la liviandad y amenidad de estas páginas entretendrá a cualquiera cabecita infantil que se sumerja en ellas.

De no todos los libros que se escriben para niños se puede decir igual cosa.—A. T.



CAUCE DE LA VOZ. Poemas, de *Francisco Santana*

Como Gerardo Seguel, Pablo Neruda, Juvencio Valle, como otros líricos chilenos, es también Francisco Santana, del sur del país, de una de las provincias más hermosas, la de Cautín. Es natural, entonces, que en la retina de su sensibilidad se haya fijado persistentemente el paisaje de la frontera y sus elementos inolvidables.

Todo este *Cauce de la voz* recorre los bosques densamente poblados de verde y follaje y sombra; de blanda sombra de primavera y estío. Porque así como en Neruda y Seguel es más bien el otoño y el invierno del sur los que humedecen de amarillo y de lluvia varios de sus poemas; así como son los robustos temporales y las noches y los días sombríos y los vientos violentos y agrarios y mojados por los aguaceros, tenaces de las estaciones opacas y heladas los instrumentos preferentes para hacer nostálgico el pellejo del canto, en Francisco Santana —como en Juvencio Valle— es el clima transparente y primaveral de la frontera el que formula su presencia de salud y regocijo y de luminosidad vegetal y forestal.

Porque está distante de *Cauce de la voz* la actitud dolorosa o la gran pesadumbre que con su sólida mochila curva espaldas y espíritus y que a veces, endereza de solitaria dignidad la médula del canto. Tampoco la crecida intimidad desarrolla sus delicados filamentos. No existe profundidad introspectiva ni vivisección interna del poeta. Es más bien Francisco Santana un ser frente al paisaje. Contemplativo. Transcurre ante sus ojos una cinta de movibles apetencias. Árboles, ríos,